

LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE ALTA DE SAN PEDRO, 2

De los artículos firmados son responsables sus autores

No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN

España 3 pesetas trimestre
Extranjero 3 francos »
Número sueldo 25 céntimos

PAGO ANTICIPADO

Año I

Barcelona 5 de octubre de 1907

Núm. 1

SUMARIO

Nueva etapa.

Los solidarios en el Congreso, por don EMILIO JUNOY, diputado á Cortes.

Cómo anda la Solidaridad en Valencia, por D. JOSÉ M.^a ESCUDER.

Una senaduría vitalicia, por D. JUAN ALCOVER.

Metropolitanismo artístico, por D. R. CASSELLAS.

Los jardines del Renacimiento catalán: Gabriel Alomar, por D. Miguel Sarmiento — A la Ciudad futura, por D. Francisco Blanes Viale.

Documentos de opinión:

Las corporaciones oficiales. Exposición de la Cámara de Comercio de Barcelona.

Notas internacionales:

INGLATERRA. — El pauperismo, por don E. Escalas.

BÉLGICA. — Ojeada, por D. M. Raventós.

La América latina:

Las repúblicas hispano-americanas, por Blaudengue.

La semana:

POLÍTICA. — Los solidarios á Galicia, por don J. Torrendell.

TEATROS. — Ermete Novelli, por D. R. Marquina.

LOS LIBROS. — Cuentos líricos, por D. Mario Verdaguer.

SPORT. — Energías físicas, por D. J. Elías Juncosa.

INFORMACIÓN.

GACETILLA.

La Prensa catalana.

Opiniones ajenas.

Para el número próximo:

**El Parlamento Español
juzgado por los solidarios**

**La "Lliga Regionalista"
á las Cortes**

Nueva etapa

La transformación espiritual de España respecto de Cataluña no puede ser más evidente. Guillermo Graell, en 1902, aseguraba que en el resto de la península se nos tildaba de enfermos, cuando no de locos, creyéndose unánimemente que el tratamiento había de ser la fuerza, mejor dicho, la camisa de fuerza. P y á los cinco años de la formulación de diagnóstico tan desconsolador, hemos de afirmar que buena parte del país ha visto surgir de Cataluña la palabra de vida, la acción salvadora para la España decadente, postrada, sin vigor ni voluntad, perdido todo ideal regenerador. De cien sitios distintos llegan á Barcelona al mismo tiempo ansias nobles y honradas de conocer el camino de Damasco, el cual quieren pisar y recorrer con fe ardiente multitudines que hoy día

los enfermos, á los locos de 1902 es á los que se acude en 1907 para obtener noticia segura del proceso interno, en virtud del cual se llega á gozar de una salud robusta, triunfadora, radiante, de poder y dominio. Ya no son ellos quienes juzgan nuestro desvarío, quienes intentan, más que la cura del pobre enfermo, el castigo del furioso rebelde, sino que somos nosotros los buscados, los solicitados, los interrogados para la exposición del remedio de su mal, del procedimiento de la victoria, del elixir mágico que da la vida y la fuerza. Ya no son ellos los jueces, los médicos, los loqueros. A la hora presente piden, exigen nuestra opinión sobre lo nuestro, sobre lo suyo, sobre lo de todos.

Cataluña podría ahorrarse la respuesta, creyendo que acaso no se halle aún revestida de la autoridad que convence, del prestigio que seduce y sugestiona. La resistencia de los tercios subsiste y á veces parece poderosa; suenan voces de discusión, de irritación, de odio, que son replicadas en idéntico tono. Mas la insistencia de la demanda no desfallece, la fe puesta en el salvador aumenta día por día. Indudablemente Cataluña no puede desatender, sin pasar por egoísta y cruel, las cariñosas interrogaciones, las fervientes súplicas de las gentes con anhelos de levantarse y caminar, librarse del enemigo y entregar sus nuevas energías á una tarea de afirmación. La autoridad que faltare á Cataluña para hablar y aconsejar, se la dan unánimes, sin previo acuerdo, representantes de todas las regiones españolas.

Cataluña hablará, pues, y hablará en forma que la entienda todo el país y sobre todos los asuntos de palpitante actualidad. Consecuencia de este firme propósito es la adopción del castellano, idioma que ofrece grandes y provechosas ventajas para la

necesaria expansión del espíritu catalán en el resto de España, en la América latina, en el extranjero. No pretendemos obtener triunfos literarios, difíciles, si no imposibles, en quien se sirve de un lenguaje que no le es nativo; acudimos á su uso como medio de expresión excelente para difundir los ideales de Cataluña y rechazar las infundadas acusaciones que sus enemigos estampan en este perfeccionado idioma con que Cervantes ensalzó, en obra inmortal, las virtudes de nuestro país.

Hoy más que nunca es precisa la divulgación de la verdad catalana, porque como nunca, aunque más serenamente, la prensa española con distinto criterio se ocupa frecuentemente de la actitud de nuestra tierra, y como nunca también, los españoles se interesan en conocer la palpación, mostrarse indiferente ni á las demandas sinceras de los muchos que nos siguen con simpatía, ni á las invectivas de políticos y escritores que rechazan rudamente nuestras ideas y nuestra intervención independiente.

No es esta la primera vez que Cataluña intenta difundir en el resto de España su manera de pensar y sentir. Su criterio económico triunfó, hace años, en las cuestiones arancelarias. Su arte, su literatura, su teatro, han sido juzgados y recibidos con aplauso, dondequiera ofreciéronse. Era, pues, lógico, que llegáramos á la ocasión presente y que, tras una victoria inaudita en los anales de la gobernación española, nuestro pensamiento político pretenda irradiarse por las demás regiones y llegar á las más altas esferas del Estado.

Cataluña confía en que á la postre toda España la secundará: escribió Graell en 1902. Nosotros, cinco años después, podemos afirmar con absoluta probabilidad que España quiere secundarla. Tras haber auscultado las palpaciones de Cataluña y recogido el más alto pensamiento español, no catalán, creemos que Santos Oliver ha podido escribir con razón que los pueblos que han logrado conquistar la supremacía económica dentro de un país, no pueden mantenerse ni ser mantenidos en inferioridad política, y que, por consecuencia, cuando este desequilibrio se prolonga, nace el conflicto y se entabla la lucha, ó para evadirse de la servidumbre en formas autonómicas ó para conquistar la preponderancia debida.

Nosotros deseamos contribuir á la pacífica solución de este conflicto ya planteado. Para ello el mejor medio es destruir prejuicios y ofrecer diáfana la opinión de Cataluña á cada momento y en toda ocasión.

Los solidarios en el Congreso

I

La justicia y su hija natural y predilecta, la imparcialidad, muévenos á adju- dicar á la «Lliga Regionalista», la gloria de la primera acción política positiva, genuinamente catalana, después del naufragio de nuestras libertades regionales y del total eclipse de nuestra histórica personalidad, tras el largo invierno que ha durado siglos, cuyo sombrío cuadro ha pintado de mano maestra el notable publicista y vigoroso historiador Sr. Prat de la Riba.

Tuvo esta acción política su breve momento parlamentario con la rápida aparición en la tribuna española de la sugestiva figura del doctor Robert, que, envuelto en los pliegues de la bandera de las cuatro barras, ofreció claramente á la consideración de los gobernantes de España, en turno vertiginoso, jamás regulado por el público interés, las aspiraciones que tras un lento germinar cobraran forma cuando la «Lliga» retocó el famoso programa de Manresa, para encajarlo dentro de los cauces normales que la realidad preceptúa á todo ideal nuevo.

Pero así como de hecho y de derecho á la «Lliga Regionalista» corresponde la iniciativa de la acción política de Cataluña, no es menos justo atribuir al partido republicano la primera manifestación que en el Parlamento español surgió del espíritu de Solidaridad Catalana, pudié- ~~se señalar como momento~~ ~~preñado de recriminaciones y escándalos,~~ que provocados á raíz del banquete llamado de la *Victoria*, terminó con la memorable reconciliación que por los símiles de la elocuencia del venerable Jefe de los republicanos, bien podría pasar á la posteridad, con el nombre de las «Bodas de los representantes de Cataluña».

A partir de aquella hora bendita, en que abrazados republicanos y regionalistas proclamaron el reinado de la Soberanía, la verdadera tregua de Dios entre las fuerzas que se disputaban la hegemonía del alma catalana, pudo ser radiante explosión de primavera la fiesta del 20 de mayo, por la que, según la frase feliz de un orador castellano, «se puso en marcha todo un pueblo»; soberbio espectáculo que otro orador no menos ilustre de la España contemporánea, hubo de sintetizar en estas palabras que, sobre ser gráfica pintura de un hecho real, ofrecen todos los caracteres de una profecía: «Esto es una nación que comienza».

En tanto, tuvimos los republicanos catalanes, la intuición del gran movimiento de Solidaridad, que ya en 5 de marzo de 1906 pudimos anunciar en el Congreso, que en las primeras elecciones que se verificaran, surgiría la representación integral de Cataluña, como así mismo pudimos en la misma fecha anticipar que, «si los que éramos representantes en aquel período, regresáramos unidos á Barcelona, y en condiciones adecuadas para preparar una acción común, brotaría luminoso y fijo el *sprit*

nouveau de nuestra tierra, y después de tanta intranquilidad y zozobra, en Cataluña se respiraría fuerte, y nuestros conciudadanos abrirían el pecho á la esperanza de mejores días, no para nosotros sólo, sino para España entera».

Vinieron, en efecto, las elecciones generales, y en vano los caciques, últimos residuos de la oligarquía imperante vigorosamente reforzados por la acción deletérea de una demagogia exótica, pretendieron turbar la majestad de aquel plebiscito, sin precedentes en los anales electorales de un país, en el que siempre fué una superchería el derecho del sufragio.

Cataluña reaccionó con vigor, y accionó con pujanza, y el *montón* donosamente bautizado por la elocuencia de un artífice de la retórica, mallorquín, trocóse en *gran montaña*.

Para nosotros siempre fué el minúsculo *montón* simbólico CANIGÓ; en cuya cumbre situado nuestro espíritu, divisara desde la vieja Provenza hasta la Isla encantada, los vastos panoramas cortados por el Mediterráneo en el horizonte visible del espacio, todos aquellos antiguos florones de la gloriosa coronilla que un día constituyeron una nacionalidad.

Enfocados en esta visión magnífica, que era, al par que evocación del pasado, bruscamente interrumpido, revelación de un porvenir de gloria, pudimos trazar las líneas generales del programa del *Tivoli*, obra llena de *suavidad catalana*, de la propia personalidad, pero á la vez obra de concordia, fórmula de transacción susceptible de más amplios desenvolvimientos, y de reconstitución del vacilante Estado español, sobre la doble base de la autonomía de los municipios y de la resurrección de las históricas regiones de España.

II

Fué la *hostilidad* la primera en saludar la aparición de los solidarios en el Congreso, no tardando en experimentar este mal disimulado sentimiento, peregrina metamorfosis.

Tras la antipatía notoria, aquella que se lee en las miradas, en la inequívoca expresión de los rostros, surgió la expectación, la honda curiosidad que se refleja en los semblantes y se graba en el comentario, cuando lo encaja aquélla, entre los signos de la interrogación.

Observóse poco después un cambio radical en el mirar, en el hablar, en el juicio de las personas serenas é imparciales, sobre todo cuando repercutieron las primeras notas vibrantes de los señalados como genuinos verbos de las aspiraciones de Cataluña.

Es posible que la ausencia de los liberales de los escaños rojos, diera un aspecto inopinado al amplio hemiciclo, el día en que la falange solidaria se presentó casi *au complet* para sentarse en los bancos de la izquierda, ocupando desde aquel que ilustrara la silueta reposada con nimbos de gloria alrededor de la venerable cabeza de nuestro paisano D. Francisco Pi y Margall, hasta aquel banco de

la montaña que ha llegado á ilustrar con sus interrupciones ingeniosas y constantes greñas y peleas, Rodrigo Soriano, el batallador diputado, fiscal implacable, eterna pesadilla de todos los ministros con vistas al círculo.

Seguramente la presencia de la minoría liberal, en la que no borra la prudencia, la prevención sañuda que á su jefe inspira Solidaridad Catalana, habría turbado el silencio imponente, aunque cortés, con que nos acogiera la mayoría del Sr. Maura, que sin ser ni de mucho hija legítima de la verdadera voluntad del cuerpo electoral, como lo es la representación solidaria, se caracteriza por una relativa independencia y cultura, que la hacen colectivamente más apreciable que aquellas otras mayorías turnantes, amañadas con todo el impudor del escándalo y con las innobles brutalidades, que son las características de las pseudo situaciones liberales.

Sintió, en efecto, la actual mayoría desde el primer momento, sintióla el Gobierno sin posibilidad de disimularla, la impresión de lo *nuevo*, de lo desconocido, no tardando en hacerse cargo de la superioridad ética y del valor cuantitativo y cualitativo de la representación de los solidarios, que se había purificado en un verdadero plebiscito popular, en el que ninguna intervención pudieron tener los caciques, y por el que quedó hecho polvo la candidatura del favor y del compadrazgo, impotente y aniquilada aquella innoble presión oficial, que hiciera de los poderes públicos los violadores natos de la ley.

En la primera reunión de los representantes solidarios de ambos cuerpos colegisladores, se reveló ya la minoría como *Cambó*, que había tenido el honor de sellar con sangre su nunca bastante loada colaboración en la obra del despertar de Cataluña, á instancias del Sr. Vázquez de Mella fué designado el Sr. Salmerón presidente del nuevo bloque parlamentario.

Verdad es que en la conciencia del pueblo catalán, la elección del Sr. Salmerón, el buen amigo de Cataluña, estaba descontada, pero el hecho por sí solo, hubo de parecer tan significativo, que con el primer acto Solidaridad desvaneció toda aquella leyenda de su separatismo engendrada por el odio consciente ó por la inconsciente ignorancia.

Efectivamente, aparte del sentido de la dirección parlamentaria del insigne castellano, la sola presencia, en el Parlamento del Estado español, de una minoría con programa claro, de un bloque que, teniendo su origen en el ejercicio de los derechos constitucionales, situaba todas sus aspiraciones, dentro de la legalidad más irreprochable, fué la demostración definitiva de que no tiene carácter ni levadura separatista el movimiento.

El separatismo no tiene nada que hacer en los parlamentos del Estado, del cual aspira á emanciparse.

Quien entra en una legalidad constitucional la reconoce.

La autonomía en Cataluña es fusión, consolidación de los lazos que unen, no ruptura de amarras ni labor de desintegración.

Cierto que en muchas agitaciones autonomistas pueden señalarse gérmenes de virulencia proporcionada á los agra-

vis y recriminaciones recíprocos, pero ninguno de los conflictos entre regiones y Estado que pueden buscarse en la Historia, se encontrará un movimiento hacia la autonomía, que se desenvuelva con el sentido expansivo y amoroso, como viene desenvolviéndose el nuestro, al calor de la acción de Solidaridad Catalana.

¿Acaso Polonia, Hungría é Irlanda, pueblos que pugnan por la afinación de su personalidad ó destruída ó borrada, donde hay formidables corrientes nacionalistas, cristalizan sus aspiraciones con vivas á Rusia, Austria ó Inglaterra?

En cambio el ¡Viva España! de nuestro gran poeta regional, ha venido á ser el resumen de los sentimientos catalanes, la síntesis de su total y definitiva aspiración.

Es el grito de Maragall toda la substancia de la política de Solidaridad.

Puede decirse que el alma entera de Cataluña, después de esplayarse con diáfanas claridades en las palabras del vate, reproducidas por casi toda la prensa española, cristalizó con la misma diafanidad en la amplia y luminosa discusión del Senado, y principalmente del Congreso de los diputados.

Atrevidamente se puso á prueba entonces la cohesión granítica del bloque, la bien soldada compenetrabilidad de los distintos componentes solidarios, la orgánica resistencia del programa del Tívoli, que pudo sin riesgo resistir la prueba de un debate en el que expusieron todo su pensamiento tradicionalistas como Vázquez de Mella y Junyent, Puig y Cadafalch y Ventosa y Calvell, dos matices, dos temperamentos tan característicos y originales del organismo político catalán.

El catalán por excelencia, la «Lliga Regionalista»; federales de la pura cepa no inerta todavía de ninguna novedad, tan ferrados al inmovible programa de Pi y Margall, como Vallés y Ribot y Pi y Arsuaga; espíritus sueltos, independientes, desligados de los antiguos partidos políticos, genuino elemento joven, como Amadeo Hurtado, con vistas permanentes á Europa y disposición de ánimo benévola hacia todas las audacias de las dealidades modernas; la representación genuina, reflexiva y apasionada á la vez, experto aplicador del método experimental iluminado por el exaltamiento patriótico de una gran pasión serena sin cesar por el frío silogismo, Ildelfonso Suñol, verbo con Carner, de la gran legión republicano-nacionalista, cada día más nutrida y vigorosa, con hondas raíces que se extienden desde las grandes urbes hasta las tradicionales masías dispersas en la grata soledad de los campos, desde nuestras costas que aspiran á eclipsar la *d'azur* hasta las hondonadas y cumbres de la alta montaña; y por fin, el Sr. Salmerón, el orador de las grandes síntesis y el gran patriota de los gestos hermosos y de los sacrificios abnegados.

Imposible parece que los oradores provenientes de tan opuestos campos de doctrina no se enzarzaran en confusa y descomunal disputa. El fenómeno sólo se explica por la consideración de que no eran intereses efímeros, ni concupiscencias electorales, ni estériles flagelaciones contra el caciquismo, la administración pública y el poder central, los sentimientos que inspiraron aquellas oraciones parlamentarias, de armónica

estructura, resplandecientes de sinceridad y sabiduría.

Si los lectores de LA CATALUÑA leen atentamente y meditan con serenidad las páginas del *Diario de Sesiones*, reconocerán todos de buen grado, que á través de la afirmación rotunda de la personalidad de Cataluña y del sentido nacionalista de las palabras de Puig y Cadafalch é Ildelfonso Suñol por ejemplo, se filtra cristalina la aspiración de reconstruir el Estado de España, que se cuarteja sobre los sólidos cimientos de una vigorosa vida municipal dignificada y redimida por la autonomía, y de una resurrección de las viejas regiones españolas soldadas convenientemente por fuertes lazos federativos.

Nosotros callamos durante el gran debate, imponiéndonos la expiación del silencio, porque habíamos tomado parte asaz activa en la incruenta pugna entre republicanos y regionalistas, y por lo mismo que callamos, pudimos observar como ni una sola nota de exclusivismo brotó de los labios de nuestros compañeros, los representantes de Cataluña.

La atmósfera estuvo serena.

La exageración ni la pasión no la caldearon un sólo instante. Las palabras fueron claras, las intenciones no menos luminosas.

Nadie pudo recoger un arrebatado de cólera, un dejo de resquemor ó de odio.

No consta en los extractos del gran debate una sola reticencia de perfidia; el ansia de redención, el amor á todas las regiones de España, palpita en las históricas páginas que escribieron los diputados solidarios.

Sinceramente creemos que de este amplio sentido de armonía y de expansión, de afirmación y concentración de la propia energía, al par que de labor común, de salvación de *todo* y de *todos*, Cataluña se ha elevado á la grandiosa concepción de una España nueva, de una Iberia varia y una, espléndida en la multiplicidad de sus matices, capaz de una acción progresiva, de concurrir con personalidad propia al concierto mundial y de realizar destinos históricos gloriosos, cortados ó interrumpidos por exóticas influencias, leyes, regímenes é instituciones que jamás tuvieron raíces en las entrañas de la tierra.

III

¿Ha respondido la representación de Solidaridad á los antecedentes de este gran movimiento?

¿Cabe señalar desviaciones, alteración de los límites de la acción patriótica y fecunda, prefijados en el memorable programa del Tívoli?

¿La labor parlamentaria de los solidarios se ha desenvuelto en las condiciones de un *montón* informe, de una amalgama sin unidad orgánica y sin la concreción común de una resultancia previamente medida y pesada, en la fina balanza que para graduar la transformación de los estados y naciones han de utilizar los hombres políticos expertos y los verdaderos gobernantes?

¿Han sido los diputados solidarios en el Congreso el órgano de Móstoles, que los pesimistas ridiculizaran, aún antes de oír sus voces sonoras y afinadas?

Creemos haber demostrado lo contrario, y ojalá que el acierto no nos hubiera vuelto la espalda, al arrojar un pequeño

rayo de luz al rededor del pensamiento de Cataluña, y sobre las intenciones patrióticas de Solidaridad Catalana y de sus representantes.

EMILIO JUNOY

Cómo anda la Solidaridad en Valencia

Al rodar la civilización de oriente á occidente, fué España á América. Allí creó múltiples naciones que se han emancipado.

Alumbro España otros mundos y regresó fatigada al seno de la Península.

Nos encontramos á la vuelta que mientras nosotros nos entreteníamos al otro lado del Atlántico, Europa había ocupado lo mejor del Asia y casi toda el Africa, en cuyo continente sólo quedan independientes Abisinia y Marruecos.

Por este traslado de Europa á Africa vuelve el Mediterráneo á ser el mar de la civilización. Pronto el Africa será una segunda América y la política rodará en torno de este mar que se mete entre tres continentes.

Como Cataluña, Valencia y Baleares ocupan un lugar estratégico en nuestro mar, como son su barrera occidental, como recibieron el hálito heleno, como se asoman al mundo, como tienen afinidades de herencia y raza, como hablan una misma lengua materna, al moverse la una, parece que las otras dos deban seguirla.

Dió Cataluña el gran paso de la Solidaridad, y mientras muchas provincias la miraban con hostilidad, con aversión, con antipatía, á los valencianos cultos les fué muy simpática la actitud de Cataluña.

No era ya posible ni imitarla ni repetir la experiencia política realizada en toda Cataluña. Habíamos sembrado, algunos pocos, semillas regionalistas, años ha, pero habían caído en tierra esterilizada por los caciques.

Al sacudirse Cataluña de malvados y caciques, creímos llegado el momento de despertar á Valencia, poniéndole delante de los ojos el ejemplo de Cataluña.

Algún efecto produjimos con aquella Asamblea regionalista del 29 de junio, pero no en el grado que deseábamos. La simiente está en el surco, procuramos abonarla, regarla, darla á luz, pero ¡qué estragos causa aquí la apatía!

El pueblo valenciano no tiene la voluntad seguida, constante, firme. No hay nación. Se formó por endósmosis, por filtración de razas, por mezcla compleja, y todavía no es afín, ni ama á su tierra. De ahí que proceda por entusiasmos repentinos y desfallezca sin motivo. Sin embargo, tiene los caracteres de una región preparada para la autonomía. Tiene vida propia.

Su huerta incomparable, sin par, es una excepción, no ya en la Península, sino en Europa. En agricultura ha llegado á la suma intensidad y á la más fecunda belleza. Con solo dos ríos, menores que los cinco de Madrid, Valencia ha hecho un edén y un emporio de riqueza. Su industria sigue á la catalana. En pintura la supera. Si no tenemos una *Atlántida*, ni un teatro, ni una lengua literaria, no cabe duda que aquí hay poesía lírica, sentimiento de la belleza

y un pueblo artista, no bien encaminado, pero con cantera para grandes creaciones.

Restos de la pesada sangre agarena engendran aquí el espíritu de kábila: el caciquismo. No hay más que echar una mirada al mapa para ver que casi todos los pueblos tienen nombres berberiscos. Y claro está que no se quedaron sólo las casas: se quedaron también los moros. De ahí parte el caciquismo rural y urbano; de ahí que Castellón sea feudo del *Cosí*, Alicante de Canalejas y el resto de la región se lo repartan los caciques de turno, según la danza de los gobiernos.

Hasta en la misma capital hemos tenido un cacique legítimo y natural, bastante averiado á estas horas, pero que ha creado escuela, y sus discípulos, si bien no valen gran cosa, todavía coleean.

El caciquismo aquí no ha producido ningún bien y nos ha hecho daños inmensos. Por los caciques no nos une á Madrid y á Alicante una vía recta; por ellos no es la Albufera un lago de la capital; por ellos pagamos la luz, tenemos un agua infame, las calles siguen el trazado moruno, Valencia hiede y los males se multiplican sin cuento.

Como aquí unos venimos de catalanes, otros de aragoneses y la gran masa de moros, esta complejidad de sangre, cernida por la Historia, dota al pueblo de un espíritu singular, mediterráneo sin duda, pero poco decidido en las empresas.

El valenciano concibe pronto, es vivo é inteligente, tiene imaginación, improvisa rápidamente un acto teatral, aparatoso, un drama ó una escena política; pero sufre entre actos y eclipses, en que su voluntad languidece y se aterra.

Por más que Cataluña nos ha trazado los rails por donde debimos correr, por más que esté expedita la vía, iluminado el camino y no se vean grandes tropiezos; á pesar de que aquí se masca la Solidaridad y parece que todos la ansian, la simiente no puja, hay una atmósfera enervante que aletarga las voluntades y éstas se manifiestan en el flaco deseo y no en la robusta acción.

La sangre semita les pide á muchos un Mesías que les redima; otros esperan el *cirujano de hierro* que les haga la revolución; muchos no se pueden pasar sin amo, sin jefe, sin caudillo, sin inspirador, sin alguien que les dé la consigna, sin un cacique en los sesos, y los tenderos, mercaderes é industriales no se atreven ni siquiera á ser regionalistas, por miedo á tener una idea en la cabeza.

Como todo el mundo espera el Redentor, nadie se redime, y Lázaro sigue en el ataúd.

¿Por qué esa inercia? ¿Es miedo á lo desconocido? No puede ser, porque visto está el experimento de Cataluña. ¿Es miedo á los caciques? No. Aquí los caciques son penumbras de sombras, son menos que nada, seres despreciables, sin valor ni seso. ¿Por qué, pues, va aquí todo tan despacio? Por eso que llamaba Lombroso *misonicismo*, por la inacción, la rutina, la desidia, el abandono, el hábito de no pensar en algo original y nuevo que desconcierte la manera de ser pasiva de hombres acostumbrados á que otros piensen por ellos.

Como aquí cierta prensa ha hecho una campaña grosera de insultos, de injurias y ultrajes, la gente intelectual, que es digna y numerosa, no se atreve á

asomar las narices á la vida política. Teme el escándalo, temen que algún papelucho revuelque su nombre por las cerradas columnas de sus torpes gacetas.

El comercio y la industria valencianos, que están en relación diaria con Cataluña por mar y tierra están empapados de regionalismo, anhelan la Solidaridad, la desean, censuran á los que la organizan, á los que trabajan, pero cuando les pide uno su adhesión, su nombre, medios, cooperación activa, se esconden en su concha, se encierran en su despacho y nos dicen que ellos no se meten en nada, que no son políticos y ni siquiera osan cobijar su neutralidad dentro del regionalismo, que no les compromete á ser ni republicanos ni carlistas.

Y así estamos.

Supongo que pronto se romperá el hielo, en cuanto acabe el calor, por más que parezca paradójico.

La Solidaridad tiene que hacerse y se hará.

La impone nuestra situación especial mediterránea, que nos liga á Cataluña y Baleares, con las cuales debemos ser tres en una frente al Estado centralizador que nos abrumba. La exige el rodar mismo de la civilización, vuelta al mar latino, verdadero centro del mundo. Se necesita, para que Valencia cree una personalidad regional fuerte y pese como tal en los destinos de España. Es indispensable, si queremos sanear la capital, acabar el puerto, terminar vías férreas, ponernos en comunicación directa con Alicante y Madrid, abrirnos mercados en el extranjero y fijarnos en ese Marruecos penetrable.

Lo que ha de ser, será.

JOSÉ MARÍA ESCUDER

Valencia, septiembre 1907.

Una senaduría vitalicia ⁽¹⁾

Hace ya muchos años, en un artículo de *Clarín* hallé citado con encomio el nombre del Sr. Ramón y Cajal, y señalada la significación y trascendencia de su labor científica. Fué el primer toque de campana (sea dicho en honra del tempestuoso crítico) que atrajo la atención de los distraídos hacia la mina intelectual encerrada en el gabinete del investigador solitario. Desde entonces, han ido siguiendo algunos con amor el proceso de su reputación, y para ellos no han pasado inadvertidos los méritos del insigne aragonés, aún antes que la áurea resonancia del premio Nobel despertara en torno suyo los entusiasmos de la masa indocta.

Yo no he penetrado en la ciudad de la ciencia; todo lo más he pasado muy rápidamente por alguno de sus arrabales; pero el Sr. Ramón y Cajal, que fué, de mozo, estudiante desaplicado (él lo declara en sus Memorias), tiene la virtud de cautivar á los que todavía lo son; es un sabio de complexión *goetiana*, que interroga á la naturaleza con ojos de analista y metafísico á la vez, y presenta el

fruto de sus exploraciones como baño por la unción del sentimiento artístico. Difiere radicalmente de los sabios ó pseudo-sabios que afectan cierto menosprecio por todo lo que no sea la mecánica función del raciocinio aplicado al estudio de la materia con fines utilitarios, y erigen la aridez en fundamento de toda seria lucubración humana, y predicán una ciencia sin alma, sin perfume, sin perspectivas ideales, como si su destino se redujese á colaborar á los avances de la industria. No, Ramón y Cajal no pertenece á esta casta de doctores; por eso, aun aquellos que correspondemos con nuestra cordial aversión á los maestros de secano que hacen aborrecible el nombre de sabio, y creemos que elevar la vida vale tanto como prolongarla, nos asociamos fervorosamente al tributo que se debe al profesor insigne, no sin lamentar que el homenaje coincida con la recompensa exótica, como si no supiéramos percatarnos por nosotros mismos del tesoro que poseemos.

El aprovechamiento de la riqueza requiere su aprendizaje. Cuando á una familia pobre se le entra por las puertas un caudal inopinado, herencia, lotería ó lo que fuere, de pronto no sabe qué hacer de él, y aun á veces lo malogra por ineptitud. Algo semejante ocurre cuando se levanta en un país un hombre superior al ambiente de cultura que le rodea. El país suele empezar por no darse cuenta de ello; y cuando testimonios inequívocos, venciendo la incredulidad y la desconfianza, engendrados por el hábito ruín de la miseria intelectual, iluminan é imponen una gran figura, brilla como foco aislado en medio de las tinieblas. Las gentes se van sometiendo al deber y hasta al deseo de admirar, pero no están capacitadas para la admiración íntima y consciente, la única verdadera, que no es dable á los profanos (y al decir *profanos* me refiero al desamor más bien que á la incompetencia). Podrá la vanidad colectiva sentirse halagada por el lustre de un hombre á quien llamamos *nuestro*, aunque no hayamos contribuido de cerca ni de lejos á su gloria; podrá la ignorancia humilde, tributaria de otros países más afortunados, reverenciar el prestigio de un compatriota que viene coronado desde fuera; pero el honor que en tal caso, movidos por una fe indeliberada, le tributemos, como coro de ciegos cantando la luz, no será muy halagüeña para él ni muy honrosa para nosotros.

Para todos, salvo un pequeño grupo de especialistas y facultativos, es un misterio la obra de Ramón y Cajal, sacerdote de un templo de la ciencia, sin ministros y sin fieles. Por eso entiendo que la necesidad más apremiante, es que la devoción vaya poblando ese templo, á cuya esquila permanecemos sordos; y al efecto, ha de ser tan útil la propaganda en publicaciones asequibles que nos enseñen, no á compartir las luces del maestro, pero á lo menos á comprender el alcance de sus descubrimientos, y el camino de heroicos sacrificios recorrido para lograrlos, como es inoportuna la ocurrencia de recabar para el historiador eminente... una senaduría vitalicia.

Este número del programa que ha salido de la asamblea de Madrid, es una triste revelación de que ni el ejemplo saludable del mismo Ramón y Cajal, y otros poquísimos varones que descuellan sobre el nivel común, y reaccionan vi-

(1) Estas cuartillas fueron leídas por su autor en una velada que el «Colegio médico-farmacéutico» de Palma celebró en homenaje de Ramón y Cajal. Hasta ahora no han sido publicadas. Los conceptos en ellas contenidos son y serán en mucho tiempo de oportunidad entre los españoles de entusiasmo irreflexivo. — N. de la D.

gorosamente contra vicios y resabios de la idiosincrasia nacional, basta á curarnos todavía de achaques inveterados, como este de llevar la política á todas partes, y meter á todos en la política, y convertirla en único escenario donde los próceres de la inteligencia puedan hallar asiento decoroso.

No basta que los hombres políticos invadan los Ateneos y las corporaciones científicas; no basta que con títulos ó sin ellos presidan todos los centros de la cultura española; no basta que la poesía sirva de pretexto á la formación de todo un cuerpo de mantenedores floralescos que acudan por turno á las provincias, á consolar á los públicos embobados de poderse asomar á la tribuna del parlamento... He aquí un investigador concienzudo, un benedictino de la ciencia, alejado de vanidades y pamplinas ajenas á su vocación; he aquí uno de los pocos esforzados que empujan la nación hacia adelante, y entre otros antecedentes envidiables, cuenta el haber declinado el honor de una cartera... Pues también á ese hay que desalojarle de su centro natural y llevarle á que dormite al arrullo de la ajena verbosidad, ó lo que es peor, á que distraiga de su labor fecunda la savia de su cerebro para nutrir, como tantos otros, la creciente mole insepulta del *Diario de sesiones*. Y yo pregunto: ¿Por qué? ¿Es que los habladores quieren desquitarse de la superioridad de Ramón y Cajal, llamándole á un palenque donde no pueda competir con ellos? Suponiendo que se aficionase á la vida parlamentaria y aún revelara dotes para ella, que bien pudiera ser, en el Senado haría lo que muchos otros, mientras que en el cultivo de su especialidad es insustituible, y nadie podría indemnizar á la ciencia de las horas que la política restase á su labor de gabinete. Sea en buenhora senador vitalicio, si le halaga la investidura; claro es que le sobran merecimientos; pero séalo en calidad de título honorario. Este es mi voto.

JUAN ALCOVER

La Exposición de Bellas Artes

Metropolitismo artístico

¡Qué apoteosis hemos presenciado, quizá sin conceder al espectáculo toda la importancia de que es merecedor, por contemplarlo de demasiado cerca!

Examinémoslo bien. Admiramos esta ciudad que, henchida del santo propósito de ser grande y de ser *ella*, ha demostrado que sabe vencer á los que se oponen á su desenvolvimiento cívico y á su cultura espiritual, yendo primero triunfalmente á los comicios y organizando después exposiciones internacionales de arte. ¿Qué ciudad del mundo puede ofrecer, en este instante, ejemplo más bello de sus variadas aspiraciones?

Capitalidad artística: ¡He aquí, ciudadanos, lo que queremos conquistar para la ciudad donde nacimos y donde habitamos, con esta Exposición. Es la sanción universal de nuestro esfuerzo por las sendas civilizadoras, lo que anhelamos. Es el derecho á la beligerancia en las eternas luchas por la belleza, lo

que perseguimos. Queremos ser considerados, reconocidos: queremos que se nos conceda un lugar en el banquete estético de las metrópolis civilizadas.

Aspiramos á que el mundo califique á nuestra Barcelona de ciudad de arte. Por eso le hemos abierto las puertas de nuestro hogar... para que se convenza de que, así como sabemos, con impulsos de voluntad colectiva, hacer triunfar el sentimiento político de la ciudad, del mismo modo, por una acción de belleza artística, estamos decididos á marchar por el camino triunfal que han seguido las ciudades augustas, magnificadas por la lucha intelectual.

Nuestros últimos antepasados supieron hacer de Barcelona una capital de industrias, un centro de manufacturas textiles, de transformación de materias. ¡Alabados sean perpetuamente por su gran obra, heroica en ciertos momentos, tanto por el derroche de voluntad y energía que representa como por los combates que hubieron de sostener para defenderla de las agresiones de unos poderes públicos, enemigos! Crear una ciudad de trabajo y de riqueza... y tener que ponerla á cubierto de exteriores codicias: esta fué la obra de nuestros progenitores.

Sin embargo, por muy épica que fuese aquella empresa, no bastaba á llenar el ansia de las nuevas generaciones. Falta un alma que espiritualizara la ciudad del tráfico material.

El espectáculo de la riqueza pública había dado conciencia á nuestra raza de su propia virtualidad, demostrada tan esplendorosamente en lo pasado como aparecía esperanzadora para lo futuro. Y mientras unos intelectos se apresuraban á descifrar la historia, que nos habla de una majestad antigua, los otros estudiaban las evoluciones del mundo moderno que nos estimulaba á vivir una nueva vida. De este modo hemos tenido que luchar tan pronto por nuestro derecho como por nuestra civilización. Si nuestros padres defendieron la obra de trabajo por ellos creada, á nosotros también nos toca defender, de bárbaros enemigos, la obra incipiente de nuestra reivindicación y de nuestra cultura.

Tal progresión ascendente de aspiraciones tiene que obedecer á leyes inmutables de la naturaleza, que determinan el desarrollo físico antes que el desenvolvimiento espiritual. A nosotros nos corresponde terminar la obra de los predecesores, haciendo que la intelectualidad y la belleza dignifiquen la metrópoli industrial. Ellos, los que pasaron, atendieron principalmente á cubrir las necesidades del cuerpo que son las más perentorias, las primeras en la vida. Nosotros, sin abandonar aquéllas, tenemos que procurar satisfacer las del espíritu que vienen á coronarlas y embellecerlas. Al fin y al cabo, realizando esta misión santa, no haremos sino enlazar la actualidad con lo tradicional, restaurando en la ciudad la grandeza de la edad media, devolviéndole la admiración de que se había hecho digna en aquellos tiempos, por sus artes de construcción, de pintura, por sus industrias hermosísimas del vidrio y de los hierros forjados. Así, pues, tanto si volvemos nuestros ojos á la vida pasada como si los dirigimos á los pueblos fuertes, á las naciones inteligentes que abren la marcha de la civilización moderna, encontraremos siem-

pre modelos y ejemplos que ennoblezcan nuestra actividad.

El poeta inglés William Morris, el sociólogo esteticista, consideraba el tráfico de las ciudades mercantiles y el ennegrecimiento de las manufactureras como un estigma original de fealdad, y para liberar de esta mácula las ciudades británicas, proclamaba que sólo existía un lavatorio: el arte. Apliquemos, pues, el evangelio del poeta á nuestra propia casa, enlazando el trabajo con la obra artística, armonizando el esfuerzo con el gesto de belleza.

Espíritus mezquinos de una España atrasada se han complacido á menudo en llamar intencionadamente á nuestra ciudad, *la industriosa, la laboriosa Barcelona*, como si, al querer significar que ellos se reservaban el predominio intelectual, quisiesen dar á entender también que á nosotros nos abandonaban la misión modesta del trabajo mecánico. Deslumbrada por un sol de gloria que se hundió ya hace siglos en el ocaso, falta además de voluntad para abrirse camino en las viriles luchas de nuestros días, aquella gente de espíritu apagado se ha complacido en dispensarnos, como un estigma de oprobio, el dictado de modernos trabajadores. Pero nosotros, muy lejos de repelerlo, aceptamos este estigma y lo elevamos precisamente á la categoría de glorioso emblema. Es que tenemos plena conciencia de que el trabajo significa fecundidad, fuerza, poder. Es que sabemos que los pueblos poderosos que gobiernan actualmente á la humanidad y dirigen el pensamiento moderno, son pueblos adoradores de la voluntad, pueblos industriosos, laboriosos como el nuestro. ¿Qué nos falta, pues, para alcanzar la meta suspirada, para ganar la ansiada altura? Dignificar nuestra vida activa, desposar el arte con el esfuerzo de todos.

Grecia, la madre fecunda en espectáculos de belleza, ya nos dió elocuentes ejemplos de tan augustos esponsales. Corinto, la famosa ciudad de la Argólida, fué juntamente con Delfos, la primera ciudad del mundo que celebró exposiciones de arte y concursos de pintores. Más de 400 años antes de nuestra era, Zeuxis y Parrhasios ya competían en aquellos certámenes. ¿Y sabéis lo que era aquella célebre Corinto convocadora de exposiciones? Era una cosmópolis de 300,000 habitantes, una ciudad creadora, una ciudad colonizadora, una ciudad trabajadora, afanoso centro comercial intermedio de Grecia, Asia é Italia. Y en el transcurso de la Historia siempre sucedió lo mismo. La flor del arte ha brotado casi siempre en medio de la agitación del intercambio, del trabajo mecánico, de la producción industrial. Cuando Florencia, la Atenas italiana, maravillaba al mundo con sus creaciones arquitectónicas, pictóricas y plásticas, era una población de comerciantes, de artesanos, de menestrales, de pequeños trabajadores que llevaban, sin embargo, tan grande impulso que llegaron á enseñorearse de la ciudad. Cuando Brujas causaba la admiración de Europa entera con sus obras pictóricas, era una ciudad de tapiceros y tejedores...

Y en nuestra época se han repetido parecidos ejemplos, exacerbados aun por la lucha por la vida, febril, convulsa. ¿Cuáles son los pueblos que han impuse-

to las fórmulas del arte moderno, de la pintura moderna? Los que con más vigor han combatido por la transformación de la materia, por la producción industrial, por su expansión económica. Inglaterra, ha visto nacer el paisaje radiante de Turner y el prerrafaelismo de Madox Brown, de Rossetti, de Millais, de Burne Jones, en medio del choque furioso de las grandes empresas mercantiles, industriales y colonizadoras con que el pueblo británico ha querido dominar y acaparar el movimiento económico mundial. Francia ha producido el impresionismo de los Degas, de los Monet, de los Pissarro y los Sisley, entre el fragor de este mismo combate por la supremacía económica que á menudo viera amenazada por el concurso exterior. El simbolismo de Böcklin, de Stuck, de Klinger, ha triunfado precisamente cuando Alemania, entregándose al des-

canso de la lucha armada, empezaba con paciencia heroica la guerra manufacturera. Y Bélgica, el país negro de las minas, de las industrias del subsuelo, ha renovado también su arte predilecto de los tiempos históricos, entre el chirriar de las máquinas y el humo de las chimeneas.

En la actual Exposición barcelonesa tenemos reunidas múltiples obras de arte de estos y otros países, empeñados todos ellos en las batallas del trabajo moderno y en la espiritualización artística de tan magnífico esfuerzo. ¡Sean bien venidas á nuestro hogar todas estas naciones mensajeras de civilización! ¡Y que el aire que nos traen á Barcelona, de una Europa culta y avanzada, oree nuestra ciudad industrial, trabajadora, con nuevos estímulos de civilización!

R. CASELLAS

Los jardines del Renacimiento catalán

Gabriel Alomar

Íbamos por el malecón del muelle. Acababa el día, un día magnífico del otoño aquí, en Mallorca. La luz se apagaba entre nubes de apoteosis y de leyendas. Y en la dársena dorada y dormida sentíanse los gritos y el manotear de unos marineros daneses que nadaban junto á la panza de un vapor abarrotado de maderas del Norte. Caminando, caminando, Alomar trazaba su propio carácter brevemente, duramente.

— Verás. ¡Muy fácil! Mi defecto mayor es el mariposeo, el interesarme todo, el leer todo, el escribir de todo. Hay, además, en mí un dualismo funesto; dos tendencias irreconciliables: una intranigente, cruel, y otra cristiana, contempladora, piadosa, femenina: ¡Nietzsche y Renán! Mi prosa es dura, se atasca, se rebela, se retuerce y se desvía con el deseo de volcar en el papel todo lo que se me ocurre tal como lo concibo. Me falta en absoluto el sentido arquitectónico, la visión de la masa completa. ¿Mi cultura? Bien. Sé algunas cosas; pero sin método, sin orden, sin llegar casi nunca á lo hondo. ¡Y en cuanto á mis poesías! Mis poesías son secas, cerebrales. Lo reconozco: no tienen emoción. Sinceramente, yo no creo tener más que un mérito; la absoluta independencia en el modo de pensar. Soy yo. ¡Eso sí!

¿Será así? ¿No estarán demasiadas recargadas las tintas? Sobre todo, ¿será justa «totalmente» esa síntesis del Alomar de ahora?

Hay en Alomar (en este buen maestro joven) una razón que explica su modo de ser: la carencia de espíritu de sacrificio. No tiene abnegación bastante para recortar y podar su pensamiento. Su idea (antes mucho más que ahora) avanza en largos zig-zags entre un surco de lo que podría decirse sugerencias laterales. Yo confieso que, á veces, en sus obras, me gusta más lo que se adivina á

ambos lados del camino que el camino mismo. Pero esto es el parecer de algunos espíritus vagabundos. La mayoría de los lectores, avaros de tiempo y poco amigos de colaborar en sus propias lecturas, no aman ese andar oscilante que desconcierta. Tal irradiación debe atribuirse más que á la fertilidad y á un prurito indómito del talento del escritor á los medios de que dispone para manifestarse. Los límites de un artículo y la brevedad periodística no se avienen á plumas como la suya, en la que cada tema es una encrucijada, punto inicial de mil rumbos. Y de ahí esos atisbos apuntados en una frase, que se queda atrás como una ruta inexplorada, entrevista apenas.

«Mis poesías son secas, cerebrales, lo reconozco: no tienen emoción». Lo dice Alomar mismo, y lo dicen otros también. ¡Y sin embargo! Recuerda lector *Consagración*, la *Horaeiana*, la letra de la *Sesta*, el soneto de los acorazados y las ermitas. No tendrán sentimentalidad en la acepción restringida en que se suele usar la palabra. Pero ¿quién le negará calor y «visión» original de poeta? ¡Claro! El elogio no puede ser absoluto. En algunas poesías de la misma pluma no encontraréis, tal vez, esos dones excelsos: Adolecen de cierta profusión; «irradian» también otras mil sugerencias que, más abreviadas y rebuscadas por imposición de la medida y el ritmo, turban la claridad y el vuelo recto de la estrofa.

Defender á un escritor contra sus propias opiniones es quizá un tanto ridículo y tal vez no muy airoso. Es probable que alguien censure nuestra incondicionalidad de amigos. Pero yo me atengo á lo que cierto día escuché del poeta Alcover en estas ó parecidas palabras: «No habléis de imparcialidad. Las amistades nacidas por la comunión en un concepto idéntico del arte, implican siempre, en mayor ó menor grado, una aprobación recíproca». Y es así.

M. SARMIENTO

* * *

A la ciudad futura

DE GABRIEL ALOMAR

Amigos, muere el día en calma... ¡hora sagrada!
De nuestra Pascua, amigos, declina la jornada;
decae el sol con majestad.
Al aire de la tarde abrid las galerías
y alzad la santa copa sobre las amplias vías.
¡Compañeros, bebed por la Ciudad!

Por la Ciudad, que allá, de una era salvadora,
surgiendo, en luz bañada, de una radiante aurora
como aforada de la mar,
alzando de sus torres, hacia el cielo, las cumbres,
congregará en sus muros rebeldes muchedumbres,
del pórtico á la sombra familiar.

¿La veis? Lleva sobre su espalda gigantina
que nimbán los fulgores de un alba purpurina,
de torres una canción;
y en sus flancos, que comba con un gesto de gloria,
ha dejado un relieve de perennial memoria
de mil generaciones la pasión.

Como la lava fluya del seno en las montañas,
sube ¡oh Ciudad Futura! de tus fuertes entrañas,
de vida, al cielo, un surtidor.
Toda virtud heroica tu regia sien corona,
y tu estandarte al viento su rebelión pregona,
de la tormenta entre el sagrado horror.

Notas de triunfo vibran tus voces numerosas;
tiene en sus pliegues halitos de razas victoriosas
de tus pendones el flamear,
y se difunde un aura divinal diluida,
emanación intensa de tu profunda vida,
sobre el ala de luz de tu cantar.

¡Oh, llévame al gran viento sobre tus vastas alas,
que el corazón escuche de la materna Palas
batiendo tu pecho real;
en sus deportes véanme tus desnudos atletas
y en su alta inspiración tus vibrantes poetas
deslumbrados de incógnito ideal!

Sentir quiero el encanto secreto de tus puéstas,
recibir el bautismo de fuego de tus siestas,
de tus noches oír la vibración.
Déjame errar perdido por tus grandiosas vías,
contemplar el sagrado despertar de tus días
y aspirar de tus parques la eclosión.

Que beba el agua pródiga de tus fontanas bellas,
do vayan, puesto el sol, tus núbicas doncellas
esperando la hora que vendrá:
Las que serán un día idílicas figuras,
Rebecas patriarcales de cimbrantes cinturas
y absortas en la luz del más allá.

Viviente estatua alada, obra de amor sentida,
do el polvo de los dioses caídos cobra vida
y fuego en un heroico despertar;
muro atlético y grande do las gentes futuras
á alzar irán un día votivas esculturas
y triunfantes escudos á colgar.

Diosa-flor la corola maternal ofreciendo
del genio humano al polen, que vuela persiguiendo
la gloria de una nueva libación.
Diosa-fuego afirmando la súbita energía
con el gesto imperial que estremecer hacía,
en el circo, las crines del león.

¡Oh quién pudiera un día en tu central rotonda,
do el palpitar se escucha de una armonía honda
como eco de un inmenso corazón,
febril de tus parejas seguir las raudas huellas,
y enlazarse de manos con tus nobles doncellas
que el áurea danza expanden como un don!

Si celebrar pudiese en tu gran playa, un día
de luz primaveral, tu nueva Estefanía,
los épicos laureles en tu sien,
á ti descenderían divinas complacencias
y el cielo sus móviles y azules transparencias
te incensaría en místico vaivén.

Sobre las viejas ruinas del derribado templo,
ensimismada el alma, en sueños ya contemplo
de un pueblo en rebelión la majestad;
y un coro estallar siento de vibración sonora,
que en la matriz estrada de la civil agora
canta un himno de vida y libertad.